

CAPÍTULO II

*De Veracruz á México.—El pulque.—Hotel Gillow.
—Restaurant de la Concordia.—Quirino.—Ven-
dedores de billetes de lotería.—Lo mucho que se
friegas en México.—Licenciado Ignacio Maris-
cal.—México no es la ciudad de los palacios.—
Paseo de la Reforma y castillo de Chapultepec.
—Coches de alquiler.—El Jockey Club.—Los
teatros.—Comercio de la capital.*

Solo aquellos que han hecho el viaje de Veracruz á México, ó viceversa, pueden concebir un espectáculo más grandioso y fantástico que el que presenta el trayecto comprendido entre Córdoba y Esperanza. Aquella vegetación es portentosa; la caña de azúcar, el café, la vainilla, el plátano, la piña, el mamei, la guayaba y cuantas frutas exóticas existen, se mezclan y confunden con orquídeas de todos matices, asemejándose á las más lindas mariposas; hermosas gardenias,

en tanta profusión como margaritas embalsaman el ambiente, y kilómetro tras kilómetro aquello es un verdadero vergel, cortado de trecho en trecho por risueñas cascadas y riscos de afilada punta.

A cada estación aparecen pintorescos grupos de indios, envueltos en rojos sarapes y parecen muertos de frío. No así las indias, que casi desnudas y las más sujetando á sus espaldas por medio de sus tápalos sus pequeños hijos dan prueba de grande actividad ofreciendo á los viajeros los artículos de su comercio, consistentes en enchiladas, chulupas, huevos duros y trozos de pollo frío. Lo súcias y desgrefñadas que son estas indias y lo mucho que manosean su mercancía, me hicieron pensar que difícilmente hallarían compradores; pero sea que «á buen hambre no hay pan duro» ó que lo humano á todo se acostumbra, es lo cierto que con gran asombro mío los viajeros materialmente arrebatában de las manos á las vendedoras sus tan poco apetitosos manjares, convirtiendo el wagón en un verdadero figón cuya

fragancia seguramente no era la del opoponax.

La estación de Córdoba es la más interesante de la línea; parece un mercado de flores y frutas; en ella se bajan todos los viajeros á estirar un poco las piernas, y pocos son los que no compran un ramo de gardenias de las que solo se ven allá. Cuestan el módico precio de dos reales y de seguro que no se conseguirían en París, en casa de la célebre florista Isabel, por menos de 500 francos. Yo, como todos, compré mi ramo, y al grito de «*Amonos*» subí precipitadamente al wagón, donde al poco agradable olor de las enchiladas había venido á sustituir el exquisito de las gardenias, colgadas en innumerables ramos. Cerré los ojos y pensé: «así debe olerse en el cielo».

Si, como he dicho, el trayecto de Córdoba á Esperanza es fantástico en la parte que corresponde á la naturaleza, no lo es seguramente menos en la parte que corresponde á la obra del hombre; con rapidez vertiginosa se suceden los túneles, parapetos y puen-

tes de pilas y colgantes, y, seguramente, no existe en el mundo un ferrocarril de construcción tan atrevida y que mejor inmortalice el nombre del ingeniero que hizo los estudios.

La belleza del panorama cesa cuando llega lo positivo, esto es, la estación de Esperanza, donde al medio día se come. El amplio comedor del restaurant es tomado por asalto, y por la módica suma de un peso mexicano se sirve una abundante y muy aceptable comida.

Como la llegada á la capital es tarde y como además y por regla general, según me dijeron, se llegaba con gran retraso, creí prudente hacer una pequeña provisión de sandwiches, pues no me sonreía la idea de tener que recurrir á los fiambres que expendían los indios. Y aquí debo decir que lo que en México se conoce con el nombre de sandwiches difiere mucho de lo que lleva ese nombre en Europa. Allá, una rebanada de pan, con una sardina, caviar, rueda de salchichón ó queso constituye el emparedado (que nada

tiene de esto). En fin, tomé la *miscelanea* que me entregaron y que más tarde celebré mucho haber comprado.

Al salir de Esperanza y siguiendo el proverbio «Donde quiera que fueres haz lo que vieres», me puse mi cubre-polvo, sin acertar por el momento á qué obedecía esta medida de precaución que tomaban los viajeros, pero no tardé mucho en comprenderlo, pues á los diez minutos nos hallábamos envueltos en densa nube de polvo, que aumentaba por instantes é impedía ver más allá de las narices. El garrotero (1) había cerrado todas las ventanillas y ventiladores, pero aquel polvo parecía filtrarse por los cristales. Por espacio de cuatro horas duró este tormento y más de una vez creí me asfixiaba, y eso que los wagones mexicanos son corridos y muy elevados de techo. Aquel polvo marchitó todos los preciosos ramos de gardenias. Para mí, que no tenía á quien ofrecerlas, la pérdida nada significaba; pero los demás viajeros ¿por qué los comprarían?

(1) Guarda-freno.

Al terminar este suplicio debíamos irnos acercando á la región pulquera, pues á cada estación se presentaban legiones de indios de todas edades, con pucheros de barro de distintos tamaños, ofreciendo la bebida nacional de México en una especie de tono lastimero, diciendo: ¿El pulque lo quiere usted?, pregunta que holgaba, pues todos querían y mucho. A cada estación que pasábamos se repetía la escena. Cogí con desesperación mi ya marchitado ramo de gardenias y aplicábamelo á las narices, ávido de aquellos resíduos de delicioso perfume y con los que pretendía contrarrestar el repugnante y fétido olor que produce el pulque.

Llegamos á Ometusco, *capital del imperio del Maguey*, (1) donde respondiendo á las reiteradas insistencias de uno de mis compañeros de viaje accedí á probar el pulque; pues me aseguró que el de Ometusco seguramente había de gustarme, y apretándome las narices me llevé á los labios uno de aquellos pucheros, y á fe que si el olor era

(1) Planta que produce el pulque.

malo, el sabor de aquel líquido espeso y glutinoso era aún peor, produciéndome basca.

A las siete y media de la tarde, con hora y media de retraso, llegamos á la capital. La estación se hallaba invadida de gente y además había dos bandas militares, creo que en honor del ministro de España, que venía en nuestro tren.

A fuerza de empellones y juego de codos y puños conseguimos tomar un coche, dando orden mi hermano al auriga de conducirnos al hotel Iturbide.

Al recorrer por primera vez las calles de México, alumbradas por la electricidad de los arcos voltáicos, sentí impresión muy agradable, pues me veía en una gran ciudad moderna. Llegamos al hotel; pero á pesar de sus grandes dimensiones no tenía una sola habitación disponible, por lo que hubimos de dirigirnos al hotel Gillow, dándome esto ocasión de recorrer las calles de San Francisco, Plateros y Profesa, que presentaban un aspecto animadísimo, no solo por ser éstas donde se halla lo mejor y principal del co-

mercio, sino porque á esa hora regresaba la gente de paseo, y tantos eran los carruajes que circulaban, que había que formar fila. En el hotel Gillow hallé habitación, alojándome en el cuarto número 1, que alquilé por un mes al precio de ciento veinte pesos.

Hice una muy rápida *toilette*, pues aún no habían traído mis *petacas*, y fuime con mi hermano á cenar; el camino no fué largo, pues frente al hotel se hallaba el restaurant de La Concordia, que en aquella época era el más afamado que existía en México; los platos que nos sirvieron eran casi aceptables, pero dejaba de serlo el servicio de mesa y sobre todo los manteles, llenos de tantos agujeros como los mosquiteros del hotel en Veracruz, y las servilletas por supuesto con tanto almidón como un cuello de camisa. Lo que me pareció muy superior fué el café, que en todo México es riquísimo, pero que resulta demasiado reconcentrado para un europeo, pues más bien que infusión resulta esencia de café.

Atenciones urgentes llamaban á mi her-

mano fuera de la capital, de suerte que á las 24 horas de haberme instalado se marchó, si bien poniéndome al corriente de las costumbres del hotel, que venían á ser las de todos los hoteles de México y algunas de las cuales me parecieron bien absurdas. Por ejemplo, aparte la habitación y luz, el establecimiento nada suministraba; no ya un desayuno, sino ni siquiera un baño de piés. El servicio de los hoteles en México está hecho en *absoluto* por hombres, circunstancia que más de una vez me ha hecho pensar cómo se arreglarán las señoras que viajan en aquel país.

Mi hermano es hombre previsor y me comunicó que desde la mañana siguiente vendría á ponerse á mi disposición un antiguo y fiel servidor suyo llamado Quirino.

Mi habitación en el hotel Gillow era muy espaciosa, aseada y elevada de techo; pero muy escasa de muebles y sin ese aspecto de confort que se observa en la inmensa mayoría de los hoteles europeos y americanos. Por todo alumbrado disponía de una vela

que, dadas las dimensiones del cuarto, resultaba una lamparilla.

A las ocho de la mañana del siguiente día á la marcha de mi hermano tocaron discretamente á la puerta de mi cuarto, y á mi voz de «adelante» se me presentó un hombre de unos 50 años de edad, pobremente vestido, y que por su apariencia me recordaba aquellos tipos que vé uno en los boulevares de París, provistos de un bastón en cuya contera hay un afilado gancho, mediante el cual y con habilidad suma recogen las colillas que encuentran á su paso. Me alargó la mano, diciéndome: «Señor, yo soy Quirino». Al instante hícele entrar en sus funciones de *ayuda de cámara* y entregándole un real le dí orden de ir á la Concordia y de traerme un café con leche y un pan. Se dirigió á la puerta, diciéndome:—*Luego luego* (1) voy, Señor.

—No luego, sino ahora mismo, vete,—repliquéle yo.

Como quiera que tardase mucho, deduje

(1) Frase mexicana que quiere decir «enseguida»

que efectivamente habría dejado mi encargo para luego, luego; pero al cabo de un buen rato apareció no con el desayuno, sino con las manos vacías, diciéndome con esa entonación lenta y cadenciosa, peculiar á los indios mexicanos: «Pues, señor, de como dice el patrón que no dá el desayuno si no se le deja un peso á responder de los trastes (1) y *quién sabe*.»

Renegué de los trastes y del eterno *quién sabe*, y entregándole el peso aguardé el desayuno, que esta vez no tardó en aparecer.

No guardaba seguramente relación la fianza de un peso con el valor de los *trastes*, que tasándolos muy alto valdrían en conjunto 30 centavos. Todo el servicio era de hoja de lata, abollado y en muy mal estado, y ambas cafeteras desprovistas de tapaderas; pero si el continente era malo, el contenido era muy bueno y en gran abundancia. Había café con leche para dos, bollo para tres y azúcar para un batallón; y todo por la módica suma de 12 centavos! (2)

(1) Cafeteras.—(2) Actualmente cuesta 15 centavos.

Así que hube terminado, el bueno de Quirino, previo un «Con permiso, Señor», se instaló en la mesa y procedió á su vez á desayunarse, y de acuerdo con lo que decía Thiers: «*Rien ne se perd*» se guardó el azúcar sobrante en el bolsillo. Yo entretanto lavábame los dientes y acababa de enjuagarme con agua de Botot cuando Quirino, previo otro «con permiso», cogió el vaso; pensé si iría también á coger mi cepillo de dientes, pero sin duda por andar mal de incisivos caninos y molares, se contentó con echar agua sobre aquellos restos de la de Botot y bebérsela tranquilamente. Entretanto habían llegado mis *petacas*, saqué mis efectos, procediendo Quirino á colocarlos en el armario según yo le iba indicando.

Me vestí, terminado lo cual indiqué á mi servidor que hasta la mañana siguiente no necesitaría de sus servicios; pero en vez de irse alargaba el cuello, empezando yo á temer que aquella gimnasia fuese el efecto del agua de Botot sobre el café. Volvió á alargar el cuello de un modo casi sobrenatural

y me dijo: — «Señor: de cómo me haría usted el favor de prestarme un peso, que tengo á mi compadrito enfermo».

Accedí á su pretensión, y más tarde, y bien á mi costa, ví que Quirino no era una excepción entre los indios mexicanos, porque todos tienen más compadres que pelos en la cabeza.

Al salir del hotel y doblar la esquina de la iglesia de la Profesa, ví un muchacho que pregonaba billetes de la lotería nacional. Nunca fuí afecto á esta especulación y rara vez he probado mi suerte, pero al muchacho, al parecer inadvertidamente, se le cayó un billete que sin duda no vió pues seguía su camino; le recogí y al entregárselo me dió las gracias insistiendo en que lo comprase, pues de seguro me caía.

Soy algo supersticioso y me quedé con él sin pensar más en el asunto, pues estaba extasiado contemplando aquellas fragantes violetas, rosas y gardenias que embalsamaban el aire y que harapientos indios vendían por unos centavos.

Compré un ramo de violetas y al echar de nuevo á andar, acertó á pasar otro billetero. Estos andaban muy descuidados aquella mañana, ó yo tenía cara de lila, pues éste también dejó caer un billete, que esta vez no recogí. En el espacio de media hora presencié este *juego* lo menos seis veces, pero comprendí que era una artimaña de que se valen los vendedores para colocar sus billetes entre los forasteros que desconocen este timo, tan conocido de los que residen en la capital.

Mis pasos me llevaron á la afamada cantina de Genén, donde halléme con la mayoría de los amigos que me fueron presentados en Veracruz y que fueron á esta población á recibir á Bernal; empezaron las rondas de cognac y cocktails; yo no podía seguirles, pues mi cabeza aún no estaba *hecha* á tan repetidas libaciones, y hube de contentarme con un par de Vermouth Champagnes, bebida sumamente agradable, pero que de todo tiene menos de Champagne, pues se compone de vermouth, bitter, jarabe, hielo y agua

de Seltz. Mis amigos acompañaban sus copas con sandwiches; pero estos presentaban mejor cáriz que los que yo compré en Esperanza.

Llegado el momento de pagar lo consumido, nos instalamos todos en una mesa; se pidieron dados y cubilete, y comprendí que el azar iba á decidir quién había de saldar los ocho pesos que importaba la cuenta.

Era la primera vez que yo jugaba á los dados; sin duda por esto no me tocó perder. El juego me distraía poco, pero sí mucho los jugadores y sus constantes exclamaciones, que me hacían reflexionar sobre el gran consumo que en México debía hacerse de jabón y estropajo, pues durante el tiempo que duró la partida no cesaban de decir: «*Le voy á fregar*», «*Le estoy fregando*,» «*Me van á fregar*», y esto hasta que el juego se terminó, y el que perdió exclamó: «*Ahora sí que me han fregado*»; y por cierto que este último no debía andar muy bien de cuartos, pues ví que le dijo algo *sotto voce* al encargado de la cantina, un francés, por cierto,

llamado Charles, porque oí que le decía: «*Impossible, mon ami, je suis FREGUÉ*».

A los pocos días de llegar á México, y por razón de mi cargo de vice-consul, fuí á visitar al Licenciado Ignacio Mariscal, Ministro de Relaciones Exteriores, el que sin necesidad de hacerme pasar por todas esas odiosas antesalas que se usan en Europa, y todo el *red tape* que hay que gastar para ser recibido por un personaje, me recibió en el acto de serle presentada mi tarjeta; su acogida fué cariñosa en extremo y tan afable como llana, y no la de un ministro con uno de sus subordinados; aquéllo fué la entrevista de dos amigos, quedando yo prendado del trato del Sr. Mariscal, y sin saber qué admirar más, si la modestia de aquel grande hombre ó su ilustración sin límites, de esas que todo lo saben, todo lo alcanzan, y cuya conversación es un derroche de ingenio.

Muy repetidas veces tuve el honor de visitarle en mis frecuentes viajes á México, y cada vez se confirmaba más mi idea de que aquel hombre de tanto talento era tan dis-

tinguido diplomático como cumplido caballero, al que tanto debe la República.

A los diez días de mi permanencia en la capital, conocía y estaba relacionado con todo el mundo. Las invitaciones á comer me llovían materialmente y me era imposible atender á todas. Aquello era una verdadera explosión de cariño, y es menester haber estado en México para conocer lo que es la amistad en la verdadera acepción de la palabra.

Con el mismo cariño era acogido por aquellos á quienes visitaba por cortesía, como aquellos á quienes visitaba para mis negocios. A cuantos de estos últimos me presentaba con una simple carta de introducción y á pesar de ser la primera vez en mi vida que los veía, no solo me obsequiaban con un buen negocio, sino que me retenían á comer. ¡Cuántos y cuántos amigos se empeñaban en que abandonase el hotel, brindándome alojamiento en sus casas! En los innumerables viajes que he hecho á México, en los centenares de visitas que he hecho,

puedo decir que no he salido de una sola casa sin recibir cuando menos una cariñosa acogida, una buena copa de cognac ó un magnífico puro.

A medida que iba conociendo la ciudad de México más me gustaba y más comprendía que era una gran ciudad digna de ser visitada y que en más de un concepto aventajaba á muchas de las grandes poblaciones del viejo continente. Había un punto, sin embargo, en que mi apreciación difería del gran Humboldt. Creo que fué éste quien dijo que México era la ciudad de los palacios, y precisamente creo que es de lo que carecía y sigue careciendo, pues palacios en la verdadera acepción de la palabra puede decirse que no existe ni uno. Hay, sí, edificios públicos muy notables, casas muy hermosas cuyas fachadas exteriores, de más que modesta apariencia, no corresponden con el lujo interior de las mismas; pero no creo que en manera alguna pueda ni deba titularse palacio la renombrada casa de los leones, con cuyo nombre se conoce generalmente el

edificio que en la plazuela de Guardiola posee el Sr. Escandón. La fachada es hermosa, pero toda idea de palacio desaparece ante la vista del piso bajo, ocupado, el de la izquierda por un despacho de billetes del ferrocarril, y el de la derecha por el de una compañía de electricidad.

Tampoco puede llamarse palacio la casa que en el paseo de la Reforma posee el yankee Braniff. Esta finca en París se conocería con el más modesto título de Hotel, pues con este nombre se denomina la fastuosa mansión que en la Avenida del Bosque de Bolonia, en París, vive el acaudalado mexicano Manuel Iturbe. La de Braniff, comparada con esta última, sería una muy modesta *villa*; y por último, tampoco puedo conceder que se atribuya el título de palacio al edificio conocido con el de Minería».

Si Humboldt hubiese dicho que México es la ciudad de las moradas hospitalarias, estaría completamente identificado con su manera de pensar.

El paseo principal de la ciudad de Méxi-